

Vuelve Josef al tierno enamorado,  
Donde le espera su adorada Esposa;  
El niño Dios con celestial agrado  
Se abraza alegre de su amada hermosa;  
Josef se vuelve á su trabajo amado,  
Su Esposa á la almohadilla venturosa;  
El niño Dios le sirve y obedece,  
Y ya mayor en cuerpo y edad crece.

Siete veces el sol bañado habia  
Su carro de oro en el crespado Acuario,  
Y á los caballos que dan luz al dia  
Cubierto de su ceño extraordinario.  
Mientras que el digno Esposo de Maria  
Tuvo en Egipto el rico santuario  
De la Madre y el Hijo sacrosanto,  
Que vuelve á Nazareth estroto canto.

## CANTO XX.

De la vuelta de Egipto á Nazareth.

En lo escondido de la Scitia helada  
Esta el Cimerio monte, cuya cumbre,  
De havas, róbles y abetos coronada,  
Estorba al cielo su benigna lumbre;  
A un lado está una Peña desgajada  
De la altiva y soberbia pesadumbre,  
Que es de una gruta opaca parda puerta,  
Jamás al cielo ni á su luz abierta.

Es tan espeso de árboles el monte,  
Que impide al carro de la lumbre roja,  
Tanto, cuando asomado al horizonte  
Los ejes de oro entre las lluvias moja,  
Como cuando, aunque altivo, se remonte  
Al zenit nuestro donde fuego arroja,  
Tanto al salir del agua verdinegra,  
Como cuando al ponerse al indio alegra.

Exhala el sitio de uno y otro lado  
De densas nieblas una nube opaca,  
Que hecha toldo á la luz del cielo amado  
La deja entrar desvanecida y flaca;  
Aqui no suena el gallo coronado,  
Que al alba rubia de la cama saca,  
No el perro velador, no el ronco ganso,  
No el toro fiero ni el cordero manso.

No suena la chicharra vocinglera,  
El cantor grillo y la importuna rana,  
No el mosquito y picaza palabarrera  
Ni la que llora á su burlada hermana;  
Aye no hiere el aire, el campo fiero,  
No se oye caja, trompa ni campana;  
La quietud va esparciendo su reposo  
Con mano blanda y paso temeroso.

Aqui los verdes árboles son mudos,  
Pues no dejan que á hablar los entre el viento;  
Aqui á las lenguas dados fuertes nudos  
No se oye murmurar humano acento;  
Aqui el Leteo entre guijarros rudos  
Vierte un arroyo blando y sonoliento;  
Aqui con manos, ojos, hombros, cejas,  
Hablan sin bocas y oyen sin orejas.

Aqui no suena puerta chirriadora,  
Porque no inquiete de la casa al dueño;  
Aqui la sonolienta verbamora  
Crece entre adormideras y heleño;  
Aqui la noche negra encubridora  
La leche saca, con que infunde sueño,  
Y con su mano oscura al mundo vierte  
La imagen de la vida y de la muerte.

Aqui el silencio con sus piés de lana  
Pisa, cual hombre que anda sobre abrojos;  
Entre los hombros la cabeza allana,  
Sirviéndole de lenguas los dos ojos;  
Aqui la ociosidad torpe, holgazana,  
Grosera y necia tiende sus despojos;  
Aqui el olvido de si mismo ajeno  
Guarda la casa, de descuidos lleno.

Aqui la vil pereza desgreñada,  
Cenizada, fea, haragana, descenizada,  
Boceando se está desmazalada,  
Hambrienta, sucia, floja, mal vestida;  
Aqui la gula hambroña, siempre hinchada  
Después de vomitada la comida,  
Regoldando se duerme; torpe y bronca  
Habla entre sueños y grosera ronca.

La puerta oscura de la cueva parda  
Adorna sonolienta y perezosa  
Una yedra marchita, floja y tarda,  
Que viste y cubre la pared mohosa;  
Echados á la puerta están de guarda  
Tres siervos fieles del que allí reposa,  
Llamados Isclon, Fanto, Morfeo,  
Hijos de las tinieblas y el Leteo.

Sobre haces de mandrágoras y helecho  
Hay seis colchones de una pluma blanda,  
Y un cobertor de adormideras hecho  
Sobre unas ricas sábanas de Holanda;  
De ubacanilla es de la cama el techo,  
Y las cortinas de una y otra banda  
De ebenuz, opio y yerba morafria,  
Que pereza derrama y sueño cria.

Es del palacio y de la cama dueño  
Un jayanzazo flojo, aunque membrudo,  
Regalon, descuidado y balagueño,  
Que de pereza está siempre desnudo;  
Llamale el mundo el necesario sueño,  
De los trabajos el mas fuerte escudo,  
Pues aunque es un retrato de la muerte,  
Es el descanso del trabajo fuerte.

Este, antes de la muerte producido  
Y antes de la mujer al mundo dado,  
De los pesares descansado olvido,  
Y de las penas el descanso amado;  
Este que ante sus piés tiene rendido  
Al papa, al rey, al príncipe, al soldado,  
Al fuerte, al sabio, al necio, al pobre, al rico,  
Al soberbio, al humilde, al grande, al chico;

Este, el mayor hermano de la muerte,  
Y que es cual ella todo poderoso,  
Pues no se escapa de su brazo fuerte  
Nadie que vió la luz del cielo hermoso;  
Este, que en mas figuras se convierte  
Que Jupiter lascivo y Proteo undoso,  
Aqueste, imagen de la amada vida,  
Retrato de la muerte aborrecida;

Este, de los sentidos cerradura,  
A quien tiene debajo de su llave,  
Este, consorte de la noche oscura,  
De cualquiera animal muerte suave;  
Este, que prende con igual blandura  
Al rústico gañan y al señor grave;  
Este, que al rico burla y empobrece,  
Y al pobre engaña, alegra y enriquece;

Este, que siendo nuestra media vida,  
Como ladron nos hurta la otra media;  
Este, que la ventura mas subida  
Trueca y convierte en trágica comedia;  
Este, sueño de burlas homicida,  
Que vanamente mil daños remedia;  
Este, pesado, leve, dulce, amargo,  
Iracundo, sabroso, corto y largo;

Deste, que aunque entre lino blando enlaza  
Al cuerpo que descansa, el alma parte  
Del cazador á la hechicera caza,  
Y la del franco al oro que reparte,  
La del soldado fiero á la amenaza,  
La del letrado á defender su parte,  
La del avaro al oro idolatrado,  
La del tóso gañan al duro arado;

Este, que trae el mar hasta la cama,  
Donde se engolfa el suelto marinero,  
Y al mercader, que infames logros ama,  
Le da engañosos montes de dinero;  
Este, que saca la encerrada dama,  
Y la lleva al amante lisonjero;  
Este, que hartando de aguas al doliente,  
Cual duende engaña y como sombra miente.

Este, nacido dentro del Paraíso  
Que Dios infundió á Adán cuando le plugo  
Con el saber de su divino aviso  
Sacar de su costilla su verdugo;  
Este, que al que á Raquel adoro y quiso  
Yendo á Mesopotamia echó su yugo,  
Siendo testigo de la firme escala  
Con que el que en ella estriba le regala;

Este, que por ocultas maravillas  
Tuvo en sus brazos al virey de Egipto  
Cuando vió estrellas, luna, sol, gavillas,  
Causa del fiero fraternal delito;  
Este, en quien vió las reses amarillas,  
Y en ellas el estéril tiempo escrito,  
El Rey, que entre su pena y desconsuelo,  
Las siete gruesas le descubre el cielo;

Este, que dando á Dálida su ayuda,  
Fue cómplice en el caso atroz y feo  
Cuando la ingrata de piedad desnuda,  
Vendió traídonamente al Nazareo;  
Este, que puso el cebo en la vida  
Que burló de Holofernes el deseo,  
Este que dió á Jael la cuña y mazo,  
Moviendo el varonil gallardo brazo;

Este, que mostró al Rey la estatua oscura  
De oro, de plata, bronce, hierro y barro,  
A quien declaró el sueño y la sultura  
El que es merecedor del Febeo carro;  
Este, que al mismo Rey mostró la altura  
Del árbol, que extendiéndose bizarro,  
Los términos llenó del ancho suelo  
Tocando con su cima hojosa al cielo;

Aqueste pues tras el trabajo grave  
Con que Josef sustenta á los que ama,  
Le envia amoroso á la quietud suave  
Que sobre el mundo su licor derrama;  
Prende al justo Josef la veloz ave,  
Y por cárcel le da la humilde cama;  
Rindióse el varon justo al sueño amado,  
Con quien el niño Dios duerme abrazado.

Dos camas humildísimas tenia  
Josef como amador de la pobreza,  
Una donde él al sueño se rendia,  
Y otra donde la Fenix de belleza;  
El niño Dios, que aunque rector del dia  
No tuvo en que reclinar su cabeza,  
Durmio, mas niño, con su intacta madre,  
Y ya mayor con el que llama padre.

Quédase en brazos de Josef dormido  
El que sobre Sion despierto vela;  
Duerme Josef al mismo Dios asido  
Que divinos misterios le revela;  
Josef, en tantas glorias encendido,  
Se pasma, se enamora, abrasa y hiela,  
Sabido mas, durmiendo y reposando,  
Que todo el mundo cuando mas velando.

Duerme alegre y gozoso el Dios pequeño  
Entre los brazos de su amado justo,  
Gozando el Santo del mas dulce sueño  
Que vio el deseo ni que formó el gusto;  
Josef guarda, cual ayo, padre y dueño  
Al Niño tierno, y al jayán robusto;  
El Niño guarda al que guardó su vida,  
Y le gana sudando la comida.

Hace del pecho el Niño blanda almohada,  
Y el corazón un horno de amor hecho,  
Le baña con la bella luz sagrada,  
Con que deja al del Padre satisfecho;  
Roba á Josef el alma enamorada,  
Y con la suya le enriquece el pecho,  
Haciéndole de Dios trono dichoso,  
Que iguala de la gloria al mas hermoso.

En el silencio de la oscura noche,  
Cuando en mitad de la estrellada cumbre  
Hermosa con el uno y otro broche,  
Al mundo esparce su confusa lumbre;  
Cuando su azabachado negro coche,  
De estrellas con vistosa muchedumbre  
A lo último llegó de la alta sierra,  
Que en sueño y en silencio al mundo entierra;

A las pias que tiran su carroza  
Y tienen una estrella en cada frente,  
Un jóven bello altera y alboroz  
Que viste de oro el aire trasparente;  
La noche parda, viéndole, se goza;  
El como el rubio sol resplandeciente  
Se va de Egipto á la mas pobre casa;  
Calla la noche y su carrera pasa.

Llegó del real palacio á la real puerta  
Adonde duerme el Rey, que el cielo adora;  
Halló la guarda celestial despierta  
Velando al que en su luz los enamora;  
Dió el nombre, y luego por si mismo abierta  
Adoró al Niño, que en los cielos mora,  
Y por no perturbarle su reposo,  
En sueños dice al virginal Esposo:

«Josef, levanta, el dulce sueño deja,  
Y con el Niño y con su Madre amada  
De aqueste reino al de Israel te aleja,  
Que allá te ordena el cielo la jornada;  
Que ya la gente, de quien tienes queja,  
Que buscaron la vida deseada  
Del niño hermoso Dios, para perdella,  
El carro fiero de la muerte huella.»

Dijo, y besando las hermosas plantas  
De purpura nativa y blanca nieve,  
Abraza alegre á las criaturas santas,  
Que el sueño guardan del que al cielo mueve;  
Celebran con silencio glorias tantas,  
Que al dormido el silencio se le debe;  
Hablan callando, y mudos se alborozan  
Del sumo bien que en tierra y cielo gozan.

Despidese y glorioso rompe luego  
El aire pardo, sobre quien derrama  
La Etiope noche el general sosiego,  
Que es capa del que huria y del que ama;  
El aire pasa, pasa el claro fuego,  
Pasa los cielos y al impireo llama;  
Entra, y á la deidad suma postrado  
Adora alegre al que le dió el recado.

Despierta el Santo en sueños venturoso,  
Y venturoso mientras mas despierto,  
Pues viendo en sueños al alado hermoso,  
Despierto mira al que es Dios encubierto;  
Josef sacude el sueño pegajoso,  
Y de la nueva venturosa cierto,  
Se alegra que haya el Padre eterno alzado  
El destierro al sin culpa desterrado.

Mueve al dormido amor porque despierte,  
Y dice humilde: «Niño Dios dormido,  
Gloria del cielo, vida de la muerte,  
Y muerte del pecado aborrecido;  
Despertad, Niño grande y flaco fuerte,  
Dejad el dulce sueño, mi querido,  
Despertad, tierno amor del alma mia,  
Abrid los ojos porque salga el dia.

«Abrid las puertas de las lucas bellas  
Donde el alma santísima se asoma,  
Y de quien Febo, que se mira en ellas,  
Las mas hermosas de las suyas toma;  
Descubra aqueste cielo sus estrellas;  
Abrid los bellos ojos de paloma;  
Dejad del sueño amado el fiel reposo,  
Mi despierto dormido, Argos hermoso.»

Deja el dormido Dios el dulce sueño,  
Y obediendo al Santo que le llama,  
Con blando agrado y amoroso ceño  
Se sienta alegre en la pequeña cama;  
Cuenta Josef al niño Dios pequeño  
El mandato del padre, que le llama;  
El Niño lo que sabe alegre escucha,  
Y se empieza á vestir con gracia mucha.

Josef, que es camarero venturoso,  
Da de vestir al Rey, que vestir sabe  
De luz al sol y del al cielo hermoso,  
Al árbol de hojas y de pluma al ave;  
Viste Josef al Todopoderoso  
La túnica inconsútil bella y grave,  
De quien toma el color la nieve fria,  
Hecha por la castísima Maria.



Va Josef á llamar su Esposa bella,  
Que imagina que al sueño está rendida,  
Y halla que en Dios absorta su doncella  
Está dichosamente entretenida;  
Mira que alados Serafines huella,  
Y que mas abrasada y encendida  
Que ellos en Dios, con humildad le alaba,  
Reconociendo que es humilde esclava.

Llama á la puerta el Santo venturoso  
Y mira que por ella se trasluce  
La bella luz del resplandor glorioso,  
Que mas que los del sol alegre y luce;  
Luego que conoció á su digno Esposo  
La que al perdido Adán á Dios reduce,  
La oración deja, y con divino agrado  
Abrió la puerta á su dichoso amado.

El alegre en la luz en que se eleva,  
Cuenta á su reina bella y digna Esposa  
La alegre cuanto cierta buena nueva  
Que los vuelve á la tierra venturosa;  
La medianera de la culpa de Eva  
Dando las gracias al que la hizo hermosa,  
Da al bien nacido Esposo por albricias  
La luz, que á las de Dios vuelve propicias.

Y antes que el alba con su rubia escoba  
Del cielo hermoso las estrellas barra,  
Y con la luz que al rojo Apolo roba  
Al mundo afeite cándida y bizarra,  
Coge Josef al Niño en quien se arroba,  
Y hecho olmo rico de la opima parra,  
Le saca alegre con su madre bella,  
A Dios en brazos, de la mano a ella.

La Cintia blanca que en su ebúrneo coche  
De ciervos ligerísimos tirado  
Es con la luz del sol, sol de la noche,  
Haciendo plata al monte y nieve al prado,  
Se admira viendo que su Dios trasnoche  
Obedeciendo á su tutor amado,  
Y alegre con su luz los acaricia,  
Que la mejora el que es sol de justicia.

Van delante las bellas jerarquias  
Haciendo escolta al mas piadoso Eneas,  
Que al Niño viejo de infinitos dias  
Saca de Egipto y de sus llamas feas;  
Que está abrasado en sus idolatrias,  
Dignas de hollar las márgenes Leteas;  
Saca del mar á nádo su tesoro,  
Y de las venas de la tierra el oro.

Saca el Bias sabio, que al de Grecia excede,  
Las prendas de quien es padre y abrigo,  
Que con razon mas justa decir puede:  
Todo junto mi bien llevo conmigo;  
Saca el Alcides que hace que atrás quede  
El que en sus hombros tuvo al cielo amigo,  
En sus brazos dichosos al que encierra  
Dentro el pequeño puño cielo y tierra.

Salen Josef, que es carro luminoso,  
Adonde vuela el venerable Elias,  
Y hecho divino Rafael glorioso,  
Vuelve á su patria al sin igual Tobias;  
Alegre lleva al Abacúe hermoso  
Al encerrado entre tinieblas frias;  
Lleva el nuevo Josef á sus hermanos  
El pan de los divinos cortesanos.

Ya habian andado una pequeña milla,  
Cuando en los hombros de las horas bellas  
El sol salió sobre la regia silla  
De tela de oro y clavazon de estrellas;  
Salió, y al Niño hermoso alegre humilla  
Los rayos que del Niño son centellas,  
Y vuelto páte de quien es criatura,  
Alumbra al que le ha dado la hermosura.

Llegan á una aldehueta venturosa,  
Donde Josef, que siempre se desvela  
En el descanso de su bella Esposa,  
Compró una humilde y mansa bestezuela;  
Y en ella pone á su querida hermosa  
Y al que en tantos trabajos le consuela,  
Y alegre en el descanso de su amada  
Prosigue la asperísima jornada.

Pisan la orilla del que á Egipto riega,  
Saliendo del regazo de su madre,  
A quien la gente en sus deidades ciega  
Por Dios venera y ama como á padre;  
La soberana Reina á Josef ruega,  
Por ver que á su temor y á su amor cuadre,  
Dejen de hollar las márgenes del Nilo  
Que teme al hipotamo y cocodrilo.

Teme los pescadores cautelosos  
Que salen á robar desde los barcos  
Entre cañares y árboles hojosos  
Tirando flechas de los sueltos arcos;  
Teme animales varios ponzoñosos  
Nacidos entre el cieno de los charcos,  
Teme, dos hecho, al que es señor de Delo,  
Que abrasa desde el agua y desde el cielo.

Teme que el Nilo deje su corriente  
Y que salga á bañar el campo amigo  
Sobre quien vierte con su anal creciente  
Frutas, aceite, yerbas, mosto y trigo;  
Teme de ingrata y bandolera gente  
El bando saltador, fiero enemigo;  
Teme los montes de menuda arena  
Que muda el aire, que es quien los ordena.

Teme la hambre flaca no se atreva  
Al que da vida á cuanto el cielo ha hecho,  
Pues aunque al pecho de marfil le lleva  
No tomará la sangre de su pecho;  
Que de su mucho amor hiciera prueba  
Rompiendo el corazón por su provecho,  
Cual pelicano hiriendo el pecho hermoso  
Para el pequeño todo po deroso.

También teme Josef y también siente  
El peligro en que lleva á su beredero,  
Que aunque padre en el nombre solamente,  
Le ama como padre verdadero;  
La pena aflige al corazón valiente,  
Y aunque cera al amor vuelto de acero,  
Dice á quien pudo hacer al justo amado  
Por mujer buena bienaventurado:

«Todo lo teme quien de veras ama,  
Dulcísima Señora; mas confío  
En quien de vuestros brazos hizo cama,  
Y siendo hijo de Dios, es hijo mio.  
Y en quien al niño Dios de Egipto llama,  
Pues de los dos es uno el poderío,  
Que ha de entrar en la tierra prometida  
Defendiendo las nuestras en su vida.

«¿Quién será, Virgen bella, la criatura  
Que viendo al Niño nuestro no se arrobe?  
Quién no respetará aquea hermosura  
Mejor que la de Anubis y de Jove?  
¿Qué saltador no llamará ventura  
Que el Niño el alma y corazón le robe?  
¿Quién destos ojos mirará la lumbre  
Que como ante Moisés no se deslumbre?

«¿Qué fiero habrá que no se vuelva un canto  
Viendo, no de Medusa la cabeza,  
Mas la del sol, que en ese cielo santo  
Espance rayos de inmortal pureza?  
¿Qué sol ardiente puede abrasar tanto  
Que ante aquel de quien toma su belleza  
No se temple, mirando humilde y tierno  
En el signo de virgo al sol eterno?

«Y ¿qué montañas de menuda arena  
Levantarán los vientos, si en sus alas  
Anda ese Niño, que de luces llena  
De oro y zafiros las etéreas salas?  
¿Qué arena inquietará á su luz serena,  
Siendo sus granos contra el cielo balas,  
Si tiene el Rey de los gloriosos coros  
De la arena escondidos los tesoros?

«Y si el Nilo soltase su corriente,  
Volverse ha atrás como el Jordan sagrado,  
O hacerse ha montes de agua trasparente  
Como el mar que dió paso al pueblo amado;  
La potestad del mar está obediente  
Del niño Dios al celestial mandado,  
Que él perturba sus olas y él las mueve,  
Y le hace muros de la arena leve.

«Cuanto mas, Virgen bella y reina mia,  
Que cuando el Nilo sus linderos pasa,  
Es cuando hace el sol mayor el dia  
Y el leon del cielo en su calor se abrasa;  
Que de unos montes de calidad fria  
Por las nieves que en ellos caen sin tasa,  
Deriva el enojado y recio viento,  
De Egipto el fruto y de su rio el aumento.

«Sino es, que como nace en Etiopia,  
En los extremos de la Libia ardiente,  
Bajando en fértil y abundante copia  
Al mediodia desde el fin de Oriente,  
El viento Etesio con su virtud propia  
Del frío Septentrion furiosamente  
Sus muchas nubes barre y arrinconas  
Hasta encerrallas en la ardiente Zona,

«Donde en gotas de plata se resuelven  
A fuerza del calor, que el sol dispara,  
Y mas pesadas á su madre vuelven,  
Bañando dellas su grosa cara;  
Y hechas arroyos con los rios se envuelven,  
Y todos juntos la corriente clara  
Del Nilo aumentan con tan gran creciente,  
Que hace que por sus márgenes reviente.

«Y esto es en el solsticio, que aun agora  
Faltan, Virgen hermosa, algunos meses,  
Pues vemos que la mano labradora  
Aun deja en pie las mal maduras mieses;  
Vemos que al campo su librea desflora  
El escudron de rumiadoras reses,  
Que maduran los frutos de las palmas,  
Que aun tienen tiernas las osudas almas.

«Y si al Niño fatiga la hambre fiera,  
Ahi traigo la alforjueta prevenida;  
Sus higos dulces nos dará la higuera,  
Y la palma su fruta defendida;  
Las cañas que coronan la ribera  
Del Nilo y con su agua agradecida  
Las azucaras, le serán sustento  
Sustentando al hermoso Dios hambriento.

«Y cuando en las mas ásperas montañas,  
Puestos en el peligro mas estrecho,  
Nos negaren su humor las dulces cañas,  
Y las palmas y higueras su provecho;  
La sangre sacaré de las entrañas,  
El corazón me arrancaré del pecho,  
Y abrasado en su amor, será comida  
Del que los come para darlos vida.»

El amoroso Niño se enternece  
Viendo de su Josef enamorado  
La fineza de amor con que se ofrece  
A dar por él la vida que le ha dado;  
Y con palabras tiernas le agradece  
Los deseos, que ya ha experimentado  
En las obras de Marta y de María,  
Con que le adora Dios y hombre le cria.

La Virgen soberana agradecida  
Al que serena su congoja y susto,  
Aljófares derrama enternecida  
De casto amor y de piadoso gusto;  
El Niño al que es custodio de su vida,  
Y en todos sus caminos Rafael justo,  
Pide los brazos, que sus brazos quiere;  
Él se los da y entre ellos de amor muere.

Quiere bajar el niño Dios al suelo,  
Y que Josef con gozo soberano  
Sobre los hombros, donde estriba el cielo,  
Alegre ponga la dichosa mano;  
Goza Josef un sin igual consuelo,  
Báculo haciendo al infinito humano,  
Que sobre las espaldas tiernas lleva  
Todas las culpas de los hijos de Eva.

«Cuál vez el Niño de su amado toma  
La venturosa mano y se la besa,  
Y él con amor de cándida paloma  
Las suyas blancas de besar no cesa;  
Cuál vez á la bajada de una loma  
Se abraza á Dios, que el alma le embelesa,  
Y le quiere meter dentro del pecho,  
Horno de amor en sus amores hecho.

«Cuál vez la sola sin igual Maria,  
Que en su cansado Esposo se desvela,  
Cortesmente amorosa le porfia  
Suba un rato en la humilde bestezuela,  
Que ella irá á pié con gozo y alegría  
En el descanso del que la consuela;  
Josef se lo agradece, y no permite  
Que descanso tan caro solicite.

«Cuál vez que el Niño celestial se cansa,  
Le pone en sus espaldas su nutricio;  
Descansa el niño Dios, Josef descansa  
De trono celestial haciendo oficio;  
Va el Niño hermoso como la res mansa  
En hombros del pastor, cuyo ejercicio  
Es servir al Gordero sin segundo,  
Muerto desde que origen tuvo el mundo.

«Es Josef el pastor del Pastor bueno,  
Que á buscar una oveja se conmueve,  
Y baja, sin dejar del Padre el seno,  
Para juntarla á las noventa y nueve;  
Lleno de gozo y de contento lleno,  
Los brazos hellos de cristal y nieve  
Echar al cuello de Josef le plugo,  
La carga haciendo leve y suave el yugo.

«Y como de sus alas hace el ave,  
Que mira al sol, á sus polvuelos cama,  
Cuando los siente de su peso grave  
Ir cansados al centro que los llama,  
Así al divino amor dulce y suave,  
El águila real que en él se inflama,  
Y en su vista inmortal la suya prueba,  
Sobre sus hombros virginales lleva.

«Esta manera siguen su camino  
Por desiertos, montañas y arenas,  
Llevando de ocho años peregrino  
Al desterrado por ajenos males;  
Cuál vez camina á pié el Niño divino,  
Cuál vez entre los pechos virginales,  
Cuál vez entre los hombros de su amado,  
Y siempre dentro el pecho enamorado.

«Cuál vez el Niño Dios con sus razones,  
Llenas de amor y de consuelo llenas,  
Les abraza los castos corazones,  
Volviendo glorias las medrosas penas;  
Cuál vez los soberanos escudrones,  
Que encantan cuando cantan las sirenas,  
Cantando salmos y canciones vienen,  
Con que á los caminantes entretienen.

«Dos veces descubrió la blanca frente  
La casta hermana del Grineo dorado,  
Llenando con su luz resplandeciente  
El rostro de la noche deseado,  
Y otras dos de su rubia luz ausente  
Corrida que ya ha experimentado  
Mientras la nueva trinidad divina  
Vió la fertilidad de Palestina.

«Saludan del Jordan las aguas claras,  
Sus fértiles riberas espaciosas,  
Sus valles verdes y sus vegas caras,  
Sus montes y arboledas deleitosas;  
Salen gozosos con risueñas caras  
A refrescar las tres graves y hermosas  
Con amigable juego y dulce guerra  
Los amorosos aires de su tierra.

«Josef, lleno de gozo y alegría,  
Besa la tierra tanto deseada,  
Y vuelve á la bellissima Maria  
A darle el parabien de la jornada;  
Ella en las luces que le dan al dia  
El alma muestra tierna y regalada,  
Dando gracias al que es siempre engendrado,  
Y el parabien á su dichoso amado.

«Sobre la urna de cristal hermoso  
Recostado el Jordan, alzó su frente  
Coronada de aljófar bullicioso  
Sobre ovas verdes y oro refulgente;  
Pasmóse viendo al Todopoderoso,  
Y asombrado en su luz resplandeciente,  
Se quejaron sus húmidos cristales,  
Helados á los rayos inmortales.



Vuelto en sí, un caracol de nácar toca,  
A sus ninfas con el señal haciendo,  
A que en su alcázar de cristal de roca  
Vuelvan, á su clarín obedeciendo;  
En breve tiempo y en distancia poca  
Al palacio de vidrio van viniendo,  
Cargadas de jazmines, de mosquetas,  
De azucenas, de rosas y violetas.

Manda que dellas tejan tres guirnaldas,  
Mezclando graos de oro entre las flores,  
Perlas entre jacintos y esmeraldas,  
Que al sol vencen sus bellos resplandores;  
El entre tanto tiende las espaldas  
Cubiertas de un cendal de mil colores,  
Y cortando sus aguas las voces,  
Que festejar á su Criador desea.

No sabe si detenga la corriente,  
Como otra vez, porque pasase el Arca,  
O se divida humilde y obediente  
Como al Profeta que no vió la Parca,  
O si de cristal puro y trasparente  
Con remos de coral haga una barca,  
O haciendo de sus brazos una silla,  
Pase á los tres que adora á la otra orilla.

En esto mira que á un pobre barquero  
Es el piadoso cielo mas amigo,  
Que á Amiclas que escuchó dentro el mar fiero,  
« La fortuna de César va contigo »,  
Que al padre de la patria verdadero,  
Que ha de morir venciendo á su enemigo,  
En la barquilla lleva, y á los lados  
Los padres del Infante enamorados.

Enladrillar de su cristal quisiera  
Las olas canas el ceruleo río,  
Y esparcir de su rubia cabellera  
Del alba roja el cándido rocío;  
Que sabe ha de volver á su ribera,  
Y humillando su eterno poderío,  
Ha de santificar sus aguas puras,  
Que será la mayor de sus venturas.

En esto llega el casto hermoso coro  
De las ninfas, que cortan presurosas  
De la agua clara el diáfano tesoro,  
Que se enciende en miradas tan hermosas;  
Vestidas vienen de cendales de oro,  
Coronadas de flores y de rosas,  
Las hebras del cabello á las espaldas,  
Y en las manos de nieve las guirnaldas.

Llega la alegre virginal cuadrilla,  
Y al rededor con amoroso juego  
Cercan la rica celestial barquilla,  
Y de mirto y laurel la enraman luego;  
Ven la madre de amor, á quien se humilla  
La celebrada del lascivo rocío,  
Y ven al Dios de amor que amores vierte,  
Que por ser Dios de amor viene á la muerte.

Siembran la barca de olorosas flores,  
Y cantando suave y dulcemente,  
Coronan los divinos resplandores  
Del Niño que suspende su corriente;  
Y diciendo á la Madre mil amores,  
Le coronan la luna de su frente,  
Y luego al virginal padre y Esposo  
Corona el bando alegre y coro hermoso.

Besan los piés de rosas y azucenas  
Del Niño tierno y de cristal las manos  
De la que, siempre de mercedes llenas,  
Las ocupa en favor de los humanos;  
Y ante las luces de Josef serenas  
Prostran las de sus ojos soberanos,  
Y saltando en las olas las dividen,  
Y con los brazos de marfil las miden.

Cargan sobre los hombros virginales,  
Llenas de amor y gozo la barquilla,  
Y cantando canciones celestiales,  
La amarran dulcemente á la otra orilla;  
Sacan á los dorados arenales  
Los tres, que cada cual los maravilla;  
Sale la aurora de las ondas claras,  
Haciendo soles sus hermosas caras.

Como suele, enfrenando sus delfines,  
La engendrada en el mar, y de su espuma  
Salir á ver de su ciudad los fines,  
De entre la concha de riqueza suma,  
Que sale al dulce son de los clarines  
Del pueblo amado que su altar perfuma,  
Así sale la Virgen sacrosanta  
Al son de la canción que el coro canta.

Sale lleno de luz bello y bizarro  
El que juntó con su saber profundo  
Al oro eterno el quebradizo barro,  
Hecho de amor, que no tendrá segundo;  
Sale cual suele en el dorado carro  
Safir el sol á dar la vida al mundo,  
De entre las ondas, á quien viste de oro  
Con la luz inmortal de su tesoro.

Sale Josef, divino mercadante,  
Que trae la inestimable margarita  
Y al eterno tesoro del Levante,  
Que en la India Oriental del Padre habita;  
Trae en la nave el rico navegante  
El pan que á Heródes de la boca quita,  
Sale con su familia el Noé dichoso  
Tras el diluvio del destierro odioso.

Apenas dejan la pequeña nao,  
Despedidos del río y sus napeas,  
Que con fiesta, con música y sarao  
Acompañaron al piadoso Eneas,  
Cuando tristes escuchan que Arquelaos,  
Hijo del que arde entre las sombras feas,  
De Judea heredó la tetarquía,  
Nueva que volvió en pena su alegría.

Temió ir allá Josef, mas luego el cielo,  
Que tiene cargo dellos, le da aviso  
Que lleve al galileo y fértil suelo  
Al que su padre y guarda hacerle quiso;  
Sacude alegre de temor el hielo,  
Y con las flores de su paraíso  
Se parte á Nazaret, y yo entre tanto  
Quedarme quiero, dando fin al canto.

## CANTO XXI.

De cuando perdieron Nuestra Señora y san Josef  
á Cristo nuestro Redentor.

Quien de veras ha estado enamorado  
Y al yugo dulce del amor rendido,  
No digo del lascivo Argos vendado,  
Lince sin ojos, del honor olvido,  
Niño caduco, desnudillo armado,  
Veneno azucarado, bien fingido,  
Ave de plomo, voladora fiera,  
Diamante blando, empedernida cera;

No digo del alnado del herrero,  
Que aprisionados suelta y libres ata,  
Que es necio, sabio, mudo, pafabrero,  
Y basilisco que sin vista mata;  
Lobo con piel de cándido cordero,  
Ponzoña que se da en vaso de plata,  
Cobarde, fanfarron, rico muy pobre,  
Y con quilates de oro bajo cobre;

No digo del que el ocio dios ha hecho,  
Que es hijo de un herrero y de una errada,  
Que como viboreznó rompe el pecho  
De la madre, aunque hermosa, desdichada;  
No deste fuego blando y lazo estrecho,  
Sabroso acibar, píldora dorada,  
Pan que no harta, sed que siempre dura,  
Llaga que sabe bien, dulce amargura;

No del que con su fuerza abrasadora  
Deshace el rayo que á la tierra espanta,  
Que como alevé cocodrilo flora,  
Y cual sirena encantadora canta;  
No del que el mal afeita y daño dora,  
Harpía vil, Medea atroz que encanta,  
Circe que prende, esfinge que desmiembra,  
Labrador que ara el aire y el mar siembra;

No deste falso amigo que nos vende,  
Luz de linterna que encandila al alma,  
Gloria de oídas, bien que no se entiende,  
Mar tempestuoso con vistosa calma,  
Tesoro que, tocado, lo es de duende,  
Fruto que espera el que plantó la palma,  
Red invisible, incendio de la tierra,  
Paz instantánea, perdurable guerra;

No deste pescador con piel de cabra,  
Que caza al simple pez diciendo amores,  
Hechizo dulce que amarguras labra,  
Rey que condena al que hace mas favores;  
No del que al mas amigo descalabra,  
Miel entre espinas, aspid entre flores,  
Mal deseado, llaga no sentida,  
Locura voluntaria, amada herida;

No del que trocó el arco con la muerte,  
Que, ciego, á todos igualmente heria,  
Y al sol que al mundo su belleza vierte  
Hizo abrasar por una planta fria;  
No del que siendo contra todos fuerte,  
Herido de una abeja vino un dia  
A Venus, que le dice si se queja:  
« Hijo, tu oficio te usurpó la abeja »;

No deste jactancioso, que se alaba  
Que tras sí lleva un número infinito;  
No del que hace á la razon esclava,  
Poniendo en su lugar al apetito;  
Que volvió rucua de Hércules la clava,  
Que llevó á César por Cleopatra á Egipto,  
Que encendió á Troya, que arruinó la Grecia  
Y asoló á España en una honrada necia;

No del que á Jove dió el paje de copa,  
Haciéndole, aunque rey del alto coro,  
Por Leda eisne, toro por Europa,  
Por la encerrada Danae lluvia de oro;  
Fuego escondido entre la blanca ropa  
De Egina, á quien robó el casto tesoro,  
Diana por Calisto y por lo niebla,  
Que cautamente á su mujer aniebla;

No del que trasformó á sus dioses vanos  
En mas formas que brota Etna centellas,  
Que gotas tiene el mar, su arena granos,  
Que aves el aire ni que el cielo estrellas;  
No del que no perdona á los hermanos  
Que soliciten las hermanas bellas,  
Que enciende por el hijo á la vil madre,  
Y quita por la hija el seso al padre.

No del que á los Alcides y Teseos,  
Ariadnes, Tisbes, Prognos, Filomenas,  
Narcisos, Ganímedes, Macareos,  
Mirras, Fedras, Semiramis, Elenas,  
Leandros, Anteoques y Perseos,  
Pasifas, Clitemnestras, Aulifenas  
Y otro infinito número de gente  
Sujeta torpe y afrentosamente;

No de aquel que enseñó las hijas bellas  
De los hombres á los de Dios amados,  
Que quitando la luz á sus estrellas,  
En el diluvio los dejó anegados;  
No del que hizo saltar vivas centellas  
De los ojos de Dina regalados,  
Que al príncipe Siquen dejaron ciegos  
Y entrada la ciudad á sangre y fuego;

No del que de Josef á la ama hermosa  
Encendió blandamente el tierno pecho,  
Que abrasada en su vista milagrosa,  
Le daba parte en el vedado lecho;  
No del que tras la cena sumptuosa  
Puso el asirio fuerte en tanto estrecho,  
Que pensando gozar de su querida,  
Fue la viuda que amaba su homicida;

No de aquel que al que halló el panal sabroso  
En la boca del fuerte obligó á tanto,  
Que vino á hacerle de una extraña esposa  
Contra la justa ley del pueblo santo;  
No del que al manso Rey justo y piadoso  
Desnudo le ofreció un hermoso encanto,  
Con que le emponzoñó el rendido pecho,  
Después un mar de llanto y dolor hecho;

PE-II.

No del que á Amon contra su hermana incita  
Que estuprando la virgen descuidada,  
De su presencia con furor la quita,  
Pena comun de una mujer gozada;  
No del que á los dos viejos solicita  
Por la rara beldad de la casada,  
Que desnuda, cautiva, helada enciende,  
Y no juez á los jueces prende;

No de aquel que del templo en los retretes  
Vió Ezequiel que le sacrificaban  
Las almas entre torpes ramilletes,  
Con que su mal olor disimulaban;  
Al cual con odoríferos pebetes  
Los viejos entre sapos incensaban,  
Llorando á Adónis muerto las mujeres,  
Que muertos lloran siempre sus placeres;

No del que al Rey de todos el mas sabio,  
Que vió la vanidad de vanidades,  
Hizo que hiciese á su Criador agravio  
Adorando torpísimas deidades;  
No del que al ángel Juan, que movió el labio  
A Heródes predicando las verdades,  
Le segó de los hombros la cabeza,  
Que cortada reprehende su torpeza;

No del que tiene contra el hombre espada  
Y contra la mujer fuego suave,  
Está desnudo contra el pez que nada,  
Y tiene alas con que alcanza al ave;  
Arco para la fiera no domada,  
Venda para poner al hombre grave,  
Edad de viejo, de muchacho el rostro,  
Siendo del mundo idolatrado mostro;

No digo de ese laberinto griego,  
Que tiene entrada y no tiene salida,  
Cárcel del alma, de los ojos fuego,  
Espada que amenaza en la comida,  
Sueño de hombre despierto, luz de ciego,  
Infierno triste que atormenta en vida,  
De los vivientes un tirano fuerte,  
Casi tan general como la muerte;

No digo deste, sino del divino,  
Del celestial, del puro, hermoso y casto,  
Hijo de la virtud, que al suelo vino  
A ser del virginal corazón pasto;  
Deste, que anda en el mundo peregrino,  
Y trae entre el sayal grosero y basto  
Cosido al pecho un celestial tesoro,  
De las Indias del cielo inmortal oro;

Deste, que tiene el rostro descubierto,  
Amoroso, risueño, afable, humano,  
Que trae el pecho virginal abierto,  
Mostrando el corazón su franca mano,  
Que tiene por divisa vivo y muerto,  
Invierno adverso, próspero verano,  
Lejos y cerca, letra que declara  
Que nunca al bien que quiere desampara;

Deste lazo suave y yugo hermoso,  
Que corazones amoroso enciende,  
Que destierra el temor, que no está ocioso,  
Y el bien ajeno y no su bien pretende;  
Deste, como la muerte poderoso,  
Que da descanso al que en su cárcel prende,  
Que hace al pobre rico, al flaco fuerte,  
Y triunfa de la vida y de la muerte;

Deste, que en los trabajos es constante,  
Deste que de las penas es consuelo,  
Que jamás engañó al querido amante,  
Ni jamás engendró traidor recelo;  
Deste, de la virtud divino atlante,  
Algarabía del amor del suelo,  
Deste, que nunca quema y siempre alumbra,  
Y al mas humilde á honor mas alto encumbra;

Deste, que con un éxtasi amoroso  
Trasforma el alma en el que la ha robado,  
Estando mas en el amado hermoso  
Que en el cuerpo que anima frío helado;  
Deste, cuyo poder maravilloso  
Hace uno del amante y del amado,  
Que parece que un alma á dos informa,  
O que dos almas son de un cuerpo forma;